

5. Este quinto y y último bloque recoge y elabora las conclusiones del autor.

Se trata de una obra cuya estructura y ritmos internos permiten al lector comprender, de un modo conciso y claro, las ideas allí debatidas. Es digno de reconocimiento el elaborado y costoso trabajo que Giménez de Aragón ha llevado a cabo en esta monografía, que presenta un ajustado recorrido no sólo por las fuentes, sino de los diferentes trabajos sobre el mismo.

LOURDES BONHOME PULIDO
Universidad de Córdoba

GONZÁLEZ SALINERO, R., *Judíos y cristianos durante la Antigüedad tardía: entre la convivencia y la controversia* (Barcelona: Riopiedras Ediciones, 2006), 275 pp. ISBN: 978-84-7213-174-3

Cuando un libro habla de religiones confrontadas –o directamente “enfrentadas”–, como sucede aquí entre judaísmo y cristianismo, al historiador le resulta verdaderamente difícil ser objetivo, incluso evitar entrar en colisión con creencias profundas particulares. Sólo el oficio de buen historiador solventa esa dificultad y anula esa sospecha. Es el caso de Raúl González Salinero, que viene trabajando, al más alto nivel de investigación, en los últimos diez años sobre los conflictos entre cristianos y judíos en los primeros siglos de nuestra Era, tanto en Hispania como en otros escenarios antiguos.

Este libro –el sexto de su producción– reúne 15 trabajos publicados en los últimos tiempos en revistas especializadas nacionales y extranjeras (ver las referencias exactas de los originales en pp. 12-13). El capítulo VII, originalmente publicado en inglés en Leiden, puede leerse aquí en su versión española.

Quiero informar al lector de esta reseña acerca del contenido del libro, por si hubiera –que seguro que lo hay– algún tema que suscite su curiosidad o su interés:

- I. La polémica antijudía en el cristianismo antiguo
- II. La exclusión social de los judíos en el Imperio cristiano (siglos IV-V)
- III. Retórica y violencia contra los judíos en el Imperio cristiano (siglos IV-V)
- IV. Los inicios de la legislación canónica sobre el “problema judío”
- V. Judíos y arrianos: el mito de un acercamiento inexistente
- VI. Los sueños como revelación y corrección de la maldad judaica en la Antigüedad tardía
- VII. El antijudaísmo católico en la España visigoda

- VIII. Una constitución de Valentiniano I sobre el respeto a los lugares de culto judíos
- IX. Los judíos como enemigos y la santidad avalada en Paulino de Nola
- X. Rigorismo ascético y polémica antijudía en el presbítero Eutropio (siglo V)
- XI. La responsabilidad episcopal de Liciniano de Cartagena ante las influencias judaizantes
- XII. Apringio de Beja y los *inimici ecclesiae*
- XIII. Teodorico el Grande, Casiodoro y los judíos: tolerancia jurídica y polémica antijudía
- XIV. Isidoro y los judíos en el Concilio III de Sevilla
- XV. Los judíos y la gran propiedad en la Hispania tardoantigua según la *Passio Mantii* (siglo VII)

Leídos los títulos se advierte enseguida que el hilo conductor, o el denominador común, es el judaísmo –o mejor, los judíos– como objeto y sujeto de la intolerancia y, aun más, de la persecución por parte de los cristianos. Naturalmente, esta situación del “cristiano perseguidor” se da sólo a partir del siglo IV, que es cuando el Imperio romano se cristianiza (ver a propósito los capítulos I y III). La entrada en la política romana de cristianos nobles, así como la influencia que tuvieron muchos intelectuales cristianos en los resortes del gobierno, sirvieron definitivamente para consolidar una Gran Iglesia, muy alejada ciertamente del mensaje evangélico (“judío” por cierto) para convertirse de hecho en una superestructura de poder terrenal disfrazado de religión.

Esta misma idea de *performance* está mucho mejor expresada por González Salinero en su prólogo: “De capital importancia dentro de los factores que determinaron la conformación histórica e ideológica de la religión cristiana en sus primeros siglos fue el traumático proceso de diferenciación, alejamiento y, finalmente, animadversión respecto al judaísmo. Ya en los primeros escritos neotestamentarios aparecen los elementos esenciales de una polémica antijudía que, con el tiempo, irá desarrollando argumentos de mayor complejidad y agresividad. La exégesis alegórica y simbólica de determinados textos del Antiguo Testamento permitiría a los apologistas cristianos consolidar la dislocación paulina de los límites de la tradición mesiánica judía. Esta nueva cristología, estrechamente vinculada a la aparición de una eclesiología de carácter eminentemente triunfal, constituirá los fundamentos teológicos del *Verus Israel*. Con la llegada de Cristo y la aparición de la Iglesia, depositaria de una Nueva Alianza, la Ley mosaica había dejado de tener sentido y el pueblo judío había sido definitivamente sustituido por el pueblo cristiano, único destinatario de todas las promesas bíblicas”. (p. 9).

El párrafo enmarca perfectamente la idea central que luego va desarrollando en los distintos capítulos, que muy bien pueden formar parte de la historia del cristianismo (en sentido negativo) como de la historia del judaísmo (en sentido testimonial y reivindicativo).

A estas alturas parece increíble que alguien –desde la academia de la investigación histórica– tenga que reivindicar, incluso “protestar”, sobre las persecuciones de que fueron objeto secularmente los judíos en la Antigüedad, tanto por los paganos (hay que recordar algunos trágicos episodios de represión en tiempos de Vespasiano, Trajano y Hadriano) como sobre todo por los cristianos. Aun a riesgo de simplificar en exceso, los emperadores romanos paganos de los siglos I y II d.C. asestaron golpes puntuales, aunque durísimos, a las estructuras políticas judías, particularmente la destrucción del Templo de Jerusalén en el año 70 y la liquidación definitiva de Jerusalén como centro *real* del judaísmo tras la revuelta de Bar-Kochba.

No cabe duda de que estos acontecimientos coadyuvaron a la formación de una gran diáspora judía por el Imperio romano que tuvo una consecuencia natural inmediata: la multiplicación de pequeñas (o no tan pequeñas, en las ciudades más importantes) comunidades judías, que convivían, en general sin grandes problemas, con las demás gentes y religiones. Había ciertamente “un equilibrio”, incluso entre judíos y cristianos, hasta comienzos del siglo IV. El hito temporal está marcado por el gobierno del nefasto emperador Constantino (“nefasto” en el sentido religioso, pues en su reinado no sólo se respeta el avispero cristiano, sino que las avispas son convertidas en laboriosas abejas, si se me permite la metáfora).

El equilibrio se rompió por la vocación de poder de la Iglesia. Como indica certeramente González Salinero, “La creciente influencia de la Iglesia sobre las autoridades imperiales fortaleció extraordinariamente su poder económico, así como su privilegiada posición social y jurídica. Con los resortes del poder a su alcance, la jerarquía eclesiástica quebrará de forma drástica el “equilibrio” que había existido hasta entonces en las relaciones entre judíos y cristianos. Salvo en determinados casos locales (que, por otro lado, apenas tuvieron repercusión), ninguna de las dos comunidades se había impuesto a la otra en aquellos lugares del Imperio en los que, dentro de una sociedad mayoritariamente pagana, tuvieron que convivir o, al menos, compartir en similares circunstancias un mismo espacio físico. En cambio, la nueva época exigirá a los judíos una difícil “adaptación” a una situación extraordinariamente adversa para la práctica de su religión” (pp. 9-10).

En el siglo IV, la apisonadora ideológica cristiana abrirá la caja de los truenos de luchas “de religión” a escala general, que presidirá los siglos

siguientes: emperadores cristianos contra emperadores paganos (y viceversa, menos veces), cristianos nicenos contra cristianos arrianos, cristianos contra judíos... En fin, una secular y vergonzosa secuencia de hechos marcados por un denominador común: la intolerancia religiosa, y su consecuente intolerancia social. En nombre de Dios se empuñaron las espadas, del mismo modo que hoy día en nombre de Dios se ponen bombas.

Sobre este conflicto cristiano-judío (a la vez religioso, institucional y social) centra su atención González Salinero con una objetividad y agudeza ejemplares. El conflicto cristiano-judío, desarrollado en una *longue durée*, como una suma indefinida de conflictos particulares aquí o acullá, puede ser calificado, ya en el mundo antiguo, como un “choque de religiones”. Ese choque y rechazo estuvo prácticamente siempre promovido por las autoridades cristianas contra los judíos, y no al revés, tanto a nivel ideológico como político-religioso. La literatura apologética cristiana empezó a difundir un género tan poco inocente como el *Adversus Iudaeos*, del mismo modo y al mismo tiempo que el género *Adversus Paganos* (o su complemento *Adversus Haereses*, que no es, en esencia, otra cosa que la equiparación del cristiano hereje con el pagano). Estas ideas, este proceso general (que, como digo, es una suma de innumerables procesos coyunturales de enfrentamiento), está muy bien desarrollado por González Salinero en los capítulos I a VII. En la segunda parte del libro, capítulos VIII a XV, el autor acerca la lupa a casos “particulares” en los que instituciones y autoridades eclesiásticas (ideólogos en muchos casos, más que “políticos”) evidencian su verdadera fobia judía, en escritos apologéticos, discursos, o cartas que alimentaron la cizaña del odio a los judíos —¡un rechazo visceral que ya se vislumbra en los escritos de Pablo, ese converso airado!— y que tienen reflejo en las leyes civiles y eclesiásticas (*codices legum* y cánones conciliares, respectivamente), que en el mundo tardoantiguo son difícilmente deslindables. Entre los casos particulares de este tipo de continuo aliento de animadversión contra los judíos estudiados por González Salinero están el de Paulino de Nola, el presbítero Eutropio, Liciniano de Cartagena, Apringio de Beja, Isidoro, Teodorico el Grande y Casiodoro, etc.

En fin, estamos ante un libro que sigue la línea de investigación, muy consolidada, del autor, pero del mismo modo es un libro que, actualizado y revisado en algunos aspectos, nos permite de nuevo repensar el papel —a veces muy dudoso moralmente— de las jerarquías eclesiásticas antiguas, que lucharon a brazo partido cruel e injustamente contra los judíos, negando, en primer lugar, sus *origenes*, los orígenes del propio Jesús y de los Apóstoles directos, y que, tomando la espada paulina, modificaron e interpretaron la propia esencia

del cristianismo “judío” para *elaborar* otro cristianismo *nuevo* que se acrisola en la Gran Iglesia. Ésta arremetería cruelmente contra los judíos sin más motivos que la competición teológica y la identidad religiosa, cada vez más distante entre judíos y cristianos. La jerarquía eclesiástica actuó casi siempre como un poder *absolutamente humano*, aunque en nombre de Dios. Un Dios al que nunca admitió “invocar en vano”.

Pensar estas cosas, ahondar en ellas con rigor histórico y científico, es lo que hace el autor en este libro, que es referencia fundamental para el estudio de las ideologías religiosas tardoantiguas. Es un discurso sobre las estructuras de poder y *sus discursos*.

Por tales razones, la *crítica* a la Iglesia antigua, a veces velada, a veces explícita y a veces deducible, puede llevar a algunos a considerar este libro – como, de hecho, la mayor parte de la producción del autor– como “impertinente”. Pero eso no cambia lo que “pasó realmente”, y por eso opiniones distintas no han de importar al historiador objetivo. Sabido es que la Iglesia tarda muchos siglos en reconocer sus propios errores. De ningún modo la obra de González Salinero es anti-eclesiástica. Al contrario, demostrando un conocimiento profundo de las fuentes cristianas, su labor como historiador, que en perspectiva se percibe casi como titánica, es “corregir el foco” tradicional que se tiene sobre los cristianos en la Antigüedad, y especialmente sobre las relaciones entre judíos y cristianos. En definitiva, pone el acento dolorosamente sobre el hecho incuestionable: aquellos que fueron perseguidos muchos años, los cristianos, se convirtieron también en perseguidores implacables de los judíos. Esta triste herencia llega crecida hasta finales de la Edad Media, y por ese odio incomprensible a los judíos, la historia del siglo XX escribió con tinta de sangre –en Dachau y muchos otros campos de exterminio nazis— uno de los capítulos más brutales y vergonzantes del mundo contemporáneo. Y lo peor es que hoy, en otros escenarios, y otra vez por los inveterados motivos religiosos, el odio irracional al judío aún no ha cesado.

SABINO PEREA YÉBENES
Universidad de Murcia

GRAF, Georg, *Journal of Eastern Christian Studies. Special Issue on the Occasion of the 50th Anniversary of the Death of G.G. (1875-1955)* = Vol. 58/3-4. Nijmegen & Leuven, 2006. [pp. 145-314].

KAUFHOLD, Hubert, *Christlicher Orient und schwäbische Heimat : Leben und Werk von Prälat Professor ... Georg Graf (15. März – 18. September 1955). Katalog der Ausstellung ... anlässlich der Gedenkveranstaltung zum*